

## LIBROS

### Tierno Galván: ensayos sobre la juventud

Desde su altura de «adulto de mediana edad» —según se confiesa o proclama—, con su eficaz aparato de sociólogo y experiencia del tema, el profesor Tierno Galván se cuestiona sobre la juventud, y la juventud universitaria, en un ensayo largo, libro breve, que ha publicado Seminarios y Ediciones dentro de la colección Hora H: «La rebelión juvenil y el problema de la Universidad».

El profesor Tierno insiste repetidas veces en que la radicalización de la juventud es un hecho novedoso, sin precedentes históricos. Así escribe: «A mi juicio nunca ha existido un índice tan alto de crítica y conciencia de la necesidad y justificación de cambiar la sociedad establecida, ni un conocimiento tan hondo y profundo de sus causas» o más adelante «a mi juicio la rebelión actual de la juventud no tiene equivalente histórico».

Aun siendo estos así, y con tener importancia si se trata o no de una agudización de la conciencia crítica de los jóvenes de hoy, no creo que interese tanto saber si nos encontramos realmente en un momento privilegiado históricamente cuando medir el alcance del fenómeno respecto a la sociedad en que tiene lugar y que es la de nuestros días. Paul Goodman, el sociólogo de la juventud americana recientemente desaparecido, escribía en «Problemas de la juventud en la sociedad organizada»: El pro-

blema que nos interesa no es saber si se trata o no de que nuestras cuestiones juveniles sean fundamentalmente diferentes con respecto a las de otras épocas, de si dichas cuestiones serán superadas o no, de si los beats son unos maniáticos y unos delincuentes peores que los de 1850. Lo que hemos tratado de demostrar es más bien lo siguiente: que dicha problemática, tanto por su aspecto como por su contenido, constituye un «test» y una crítica para la sociedad en la cual se manifiesta.

De hecho esto es lo que verdaderamente preocupa también al profesor Tierno. La actitud crítica, que no re-

cubrir la doble moral de los mayores (la ética que se enseña y la que se practica) dice más de los adultos que de los propios jóvenes. De ahí que el profesor Tierno concluya: «Quien esto escribe sabe por propia experiencia qué difícil es que los jóvenes acepten modelos sustituyentes. Prefieren la crítica. Desde la crítica superan la mayoría de los modelos que se les ofrecen. La revolución crítica puede convertirse en violencia, pero su origen y fundamento juvenil está en la crítica».

Especial interés, a mi modo de ver, tienen las páginas dedicadas al problema en la Universidad. Ahora bien, si en



Tierno Galván.

volucionaria en general, de los jóvenes se refiere siempre a unos comportamientos, a unas valoraciones, a unas propuestas del mundo adulto. La juventud queda definida frente a él. Por ello nos resultan más discutibles ciertas definiciones de la juventud como etapa autónoma o como grupo social por encima o aparte de las clases. Sin embargo resultan convincentes las generalizaciones sobre la juventud con respecto a los adultos, o digamos con respecto al sistema. Así, el fraude que supone para un joven des-

el recinto universitario es más explícito el enfrentamiento de los jóvenes con respecto a la propia institución «disciplinadora y represiva» y a los propios adultos, ello se debe a que «la juventud protagoniza la vida universitaria», cosa que no ocurre en las empresas, por ejemplo, tan disciplinadoras y represivas como aquella y tan orientadas como aquella a la producción en función de un orden. Ocurre también que la Universidad, mal que bien, es el lugar donde la propia sociedad es objeto de estudio. De ahí una elevación de la

conciencia crítica en la juventud universitaria y su facilidad para saltar de la crítica de la institución a la de la sociedad.

Por último, me interesa reseñar algunas de las conclusiones del ensayo, referidas a la Universidad: la Universidad —dice Tierno Galván— debe dejar de entrenar para la competencia económica; debe aceptar que la cultura parauniversitaria es más importante, en general, que la instrucción que la Universidad imparte; el no de los estudiantes debe ser aceptado dialécticamente por los adultos integrados en ella. El profesor Tierno pide y espera que los jóvenes, por su parte, no dejen de serlo: «la responsabilidad social de permanecer joven es la mayor responsabilidad que le cabe hoy a la juventud». Cosa, a mi entender, fácil de conseguir mientras lo criticable adulto permanezca en los términos en que originó el malestar crítico de los jóvenes. ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

### La otra racionalidad: el budismo Zen

El budismo Zen, para nosotros, alude a dos incidencias culturales diferentes, complementarias, quizá en ciertos aspectos inconciliables: por una parte, el ámbito silencioso y lejano del Oriente, el monje de ropas anaranjadas sentado en la postura del loto, una civilización y una historia de la que lo ignoramos prácticamente todo, lenguas basadas en principios que nos son ajenos; por otra, es Aldous Huxley y los *beatniks*, Kerouac en el camino, el flotante magisterio de Alan Watts, las ambigüedades de una contracultura demasiado evidentemente hija, en muchos casos, de la degeneración cultural establecida. No es fácil encontrar la char-

nela de estos dos mundos, para tratar de situarnos respecto a ellos. Si preguntamos al recio intelectual europeo, que hace aproximadamente setenta y cinco años que no entiende nada de lo que pasa, volverá a descubrir su gastada piedra antifilosofal: «¡Otro asalto a la razón!... ¡Y ya van!...»; pero si interrogamos al maestro Zen es muy probable que no nos responda o que sólo diga: «Si deseas ver, mira directamente». En ambos casos, quedaremos en una (saludable) perplejidad.

La acusación de irracionalismo es la más frecuente y, tal como suele hacerse a quien se interesa por el Zen, la menos justificada. Suele entenderse por «razón» una amalgama, ciertamente poco satisfactoria, de «sentido común» (en el aspecto que defendió Moore), de experimentalismo, de confianza en que las ciencias adelantan y lo que no sabemos hoy, alguien lo sabrá mañana, y, en los aspectos morales y políticos, de *sensatez progresista*: el resultado recuerda poco la tradición racionalista europea, pues suele parecerse mucho más al cretino filisteo, que la burguesía conservadora (especialmente anglosajona) ha proporcionado generosamente al mundo, que a Hegel o a Spinoza, por citar dos racionalistas. Considerar irracional todo lo que se salga de ahí viene a ser como llamar *revolucionario* a todo el que no enciende cada noche una vela a Santa Rita rogando que resucite Mussolini.

Es imaginable y exigible una razón mucho más compleja, una razón perversa y polimorfa que no considerase el absurdo como algo ajeno a su gestión ni anatematizase el éxtasis por «improductivo»; una razón dispuesta en todo caso a volverse contra sí misma, contra sus principios «inmutables» y a recuperar todas las dimensiones de que ha prescindido en favor del aumento de producción y de la eficacia indus-

trial. Pero también es cierto que los efluvios que nos llegan de un Oriente bastante este-reotipado huelen demasiado a incienso: ¡cuántas ansias inconfe-sadas de otra religión en quienes creen buscar otro pensamiento! Una religión que una, al esoterismo propio de todas ellas, el misterio basado en la ignorancia de la cultura asiática y de su lengua, la enorme simplificación de contenidos (¡la sabiduría más profunda sin esfuerzo ni riesgo, en quince lecciones!) y si es posible, la hierba eucarística del Nepal. Y ¡ya podemos ser buenos otra vez!... Para combatir una mutilación de la razón, no es camino fructuoso reincidir en la tarea mutiladora y prescindir de una dimensión de crítica y negación cuyas capacidades liberadoras nos son históricamente propias.

El budismo Zen es una experiencia muy valiosa de sencillez, de humor, de paciencia; una espléndida burla de la fachenda académica, de las grandes frases, de esa seriedad que condena a la muerte y de la pretensión de hallar la serenidad en una doctrina o un maestro y no en uno mismo. En sus aspectos más atractivos, el Zen no es radicalmente distinto de las lecciones más profundas del pensamiento occidental, desvirtuado por las positivaciones profesoras y los manejos apolo-géticos. Aprender la lección del Zen no es situar la salvación en lo exótico, sino retornar a lo más íntimo y cercano.

Mariano Antolín y Alfredo Embid han escrito un libro útil e inteligente (1), que sitúa el Zen en su contexto doctrinal, tras el taoísmo y el budismo Mahayana, cuyos elementos fundamentales explican con sencillez y sin falseamientos; en lugar de teorizar sobre el Zen, dejan siempre hablar a los maestros mismos, a los poetas, la palabra viva y directa de los koan; dedi-

(1) Introducción al budismo Zen. M. Antolín y A. Embid, Barral de Bolsillo.

can especial atención al satori, corazón mismo del Zen. Acaban su obra con una plausible —y discutible, ni que decir tiene— visión de las relaciones entre el Zen y Occidente. Su libro, que tiene el mérito de haber sido escrito por autores españoles y manejando una bibliografía accesible, en la que el lector interesado podrá profundizar lo que en esta «Introducción» sólo se esboza, no cede en nada a las buenas vulgarizaciones extranjeras.

Esperemos que éste y otros libros similares contribuyan a un acercamiento al Zen que no sea papanatismo seudomístico, sino fresco viento que oree esta cultura nuestra que apesta a cárcel y a cloroformo. ■ FERNANDO SAVATER.

## Los muertos, los monjes, los aparecidos: el humor

¿Dónde colocó Walpole el punto de mira de su pensamiento cuando escribió *El castillo de Otranto* (1)? En otras palabras: ¿cuál era el objetivo de sus pretensiones? Plantearse este tipo de cosas puede y suele resultar bastante ocioso, sobre todo cuando, como es el caso, la ectoplasmática constituye la única vía de contacto con el autor del escrito que nos inquieta.

Al parecer, la novela gótica surgió como resultado de una sensibilidad que aspiraba a la contemplación del paisaje interior del alma desde una perspectiva afecta a los gustos y escenografía de la Baja Edad Media. En este sentido, no le corresponde a Horacio Walpole el haber iniciado la tendencia. Un par de años antes, el obispo Hurd había contribuido a perfilar los rasgos del gothic-look con sus *Cartas sobre la Caballería* y

lo novelesco, y con mayor anterioridad tenemos las novelas de Richardson, que ostentan —como señala Guillermo Carnero en un muy erudito prólogo al *Vathek*, de Beckford of Fonthill— abundantes dosis de exaltación en lo amoroso, catarsis en lo dramático y suntuosidad en lo necrofílico.

De manera que lo mejor que se puede hacer con *El castillo de Otranto* es quedarnos con lo que Walpole nos da y abandonar otro tipo de pretensiones. ¿Y qué es lo que el excéntrico hijo del político sir Robert nos ofrece? Pues una crónica periodística de unos sucesos probablemente estupendos, pero de los que no se cree ni el forro. Y ahí está lo bueno del relato. En mi opinión, Walpole se estaba riendo de un montón de cosas y, entre ellas, de sí mismo. Pero al hacerlo con una gran inteligencia, situaba los puntos sobre las líneas. Frente a los acontecimientos sobrenaturales que jalonan su relato —el caso gigantesco que victima a Conrad, la asimismo gigantesca mano en lo alto de la escalera, el cuadro que se menea y habla con acentos admonitorios, la crispación de los elementos naturales, la caída de la casa de Otranto—, y que son siempre narrados con una cierta, distante distancia, se dibujan en toda su valoración aquellos rasgos verdaderamente gigantes, bien por el lado de la pasión o por el del ridículo. La pasión pecaminosa de Manfred y lo majestuoso de sus ademanes feudales atribula o sobrecoge en mayor medida al espíritu educado que la aparición de cualquier calavera con tocado frailluno. Como atribula la patética sumisión de Hipólita a los designios de su esposo, y nos divierten los equívocos y verdaderas meteduras de pata perpetrados por Fray Jerónimo, quien, aparte de ser el padre del intruso que desencadena los acontecimientos en virtud del aciago destino que rige a los perso-

najes, y de servir de ridículo contrapunto al arrebatado de Manfred, resultará ser el único poseedor de la clave que, exorcizando a los hados y dando paso a la justicia, ponga punto final a la tragedia.

Así, pues, nos encontramos ante un libro escrito con un elegante sentido del humor (y no exento de citas shakespearianas como las de: **hay más en una pregunta tan simple como esa de lo que vosotros, personas de rango, podríais concebir, puestas en labios de una mucama**). Con tanto sentido del humor, que los trucos que lo sustentan pasan inadvertidos hasta el momento en que el lector, reaccionando ante el mosaico tremebundo que se le propone, encuentra su verdadero substrato y sonríe. No podría ser de otra manera, la lectura de *El castillo de Otranto* es un grato pasatiempo. ■ E. CH.

## De «boom» a «boom»

Presentación del libro de José Donoso «Historia personal del "boom"», editado por Anagrama. El acto va a empezar en la librería barcelonesa Cinc d'Oros, el mismo lugar donde semanas atrás se presentó el «boom» de la novela española «made in Barral». También el mismo oficiante: José María Castellet. El crítico barcelonés acaba de ser multado, doscientas mil pesetas, por haber formado parte de un Jurado para un premio literario en lengua catalana, concedido en el extranjero. Los otros multados son los también críticos barceloneses Joan Triadó, Cirici i Pellicer, Albert Manent, Félix Cucurull y Josep Fauli. Doscientas mil pesetas a cada uno o tres meses de cárcel. Castellet abandona por un momento la margarita del dinero o la cárcel, y se aplica a la tarea de presentador de «booms». De «boom» a «boom» y tira porque



José Donoso.

le toca. Castellet viene apadrinando pleamares y bajamares de las letras hispánicas desde hace ya casi veinte años. Algo tendrá este maduro muchacho para que se le tolere tan largo sacerdocio. Hay que reconocerle maneras y audacia histórica. O, tal vez, todo sea un problema de estatura. Castellet es físicamente el crítico más alto de España, y ello le permite mirar más lejos y ver lo por venir.

En el salón, una auténtica manifestación latinoamericana. Argentinos, chilenos, peruanos, uruguayos, respaldaban la presentación de este balance de cuentas del «boom». A esta inmensidad americana hay que sumar islotes de aborígenes: escritores, editores y superagente literario 098, Carmen Balcells. Hasta se presentó Luis Goytisolo, personaje de cuya existencia muchos dudan.

Luis Goytisolo llegó cuando el acto maduraba, y preguntó:

—¿Dónde está el pájaro?

—¿Qué pájaro? Hay muchos.

—El obsceno pájaro de la noche.

Y tras la pertinente indicación, se fue en busca de Donoso. Goytisolo se había perdido el largo parlamento de Castellet en el que

sintetizó los propósitos del libro de Donoso: básicamente, un testimonio directo de diez años de «boom» literario latinoamericano, un balance claramente espléndido, no sólo para los autores aupados sobre la ola, sino para el prestigio generalizado de las letras latinoamericanas.

Tras el parlamento de Castellet, Donoso no quiso hablar. Dialogó. Eso sí, y mucho; porque el cerco de paisanos continentales y aborígenes adictos no cesaba, y Donoso tenía una sonrisa nada obscena para todos y cada uno. Resultaba en suma, un pájaro encantador.

Barral preguntó una vez más:

—¿Hay nueva novela española?

Una muchacha sueca, al parecer profesora de ballet, revoloteaba perseguida por miradas y presunciones, hasta tropezar con la malla lingüística del historiador Miguel Barceló. Algunas mujeres hablaban de sus cosas: es decir, del *women lib*, Vargas, Llosa y García Márquez formaban con Donoso en la foto fija de los Tres Mosqueteros, que son cuatro (Cortazar se había quedado en París). Alberto Miguéz anunció que se iba a Rabat como corresponsal de «La Vanguardia». En cambio, Terenci Moix

llegaba de los Estados Unidos envuelto en pieles y en ganas de volverse a marchar. Guillermina sonreía a las «guillerminas». Palabras y canapés. A «boom» muerto, «boom» puesto. ■ M. V. M.

## Literatura y ciencia-ficción

Dos recientes obras, una teórica (1) y otra de relatos (2), que tienen en común el tema, la ciencia-ficción, vienen a cubrir algunas de las innumerables lagunas que sobre el género padece la bibliografía española. El ensayo de Ignacio Ferreras es, además, el primero que sobre la novela de ciencia-ficción se escribe en España; por otra parte, el libro de Garcé se incluye en una colección —Básica 15— cuya temática y alcance pretenden ser populares y aportar datos para una comprensión dialéctica del mundo actual. Ambas obras, pues, también tienen en común lo insólito de su edición y, en tanto que una puede ser praxis de lo que la otra teoriza, conviene un análisis conjunto.

Tras analizar las mediaciones que en el orden literario, histórico-económico y social corporizan la literatura de ciencia-ficción, Ferreras entra en el difícil capítulo de las definiciones. La novela de ciencia-ficción no se confunde, aunque en la mayoría de los casos los límites sean imprecisos, con la científica, la de terror, la política-ficción, la *space opera*, o aventura espacial, y la novela fantástica. Lo que el autor llama mediaciones socio-históricas y socioeconómicas sirven para aproximar el tema, integrándolo en las circunstancias que permiten su aparición y subsistencia

(1) La novela de ciencia-ficción, J. Ignacio Ferreras. Siglo XXI de España. Ed. Madrid, 1972.

(2) Adam Blake, José Luis Garcé. Castellet. Ed. Madrid, 1972.

(1) El castillo de Otranto, H. Walpole. Tusquets Editor, en la Serie Negra de Ediciones de Bolsillo.